

ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.

Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.

Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.

Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

TEXTO

MARCOS 12,13-34

«¹³Y envían a **él algunos de los fariseos y herodianos** para atraparlo por sus propias palabras. ¹⁴Y, llegando, le dicen: “**Maestro**, sabemos que eres *veraz* y que no te preocupa lo que otro piense; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que enseñas *verazmente* el camino de Dios: ¿es lícito dar el tributo al César o no? ¿Damos o no damos?”.

¹⁵Pero **él**, viendo su *hipocresía*, les dijo: “¿Por qué me tentáis? Traedme un denario para que lo vea”.

¹⁶Pero ellos se lo trajeron.

Y les dice: “¿De quién es esta imagen y la inscripción?”.

Pero ellos le dijeron: “Del César”.

¹⁷Pero **Jesús** les dijo: “Lo del César devolved al César, y lo de Dios, a Dios”.

Y se admiraban de **él**.

¹⁸Y vienen a **él unos saduceos**, que dicen que no hay resurrección, y le preguntaban diciendo: ¹⁹“**Maestro**, Moisés nos prescribió que si el hermano de uno muere y deja esposa pero no deja hijos, que el hermano tome la esposa de aquel y suscite descendencia a su hermano. ²⁰Eran siete hermanos; y el primero tomó esposa y, al morir, no dejó descendencia; ²¹y el segundo la tomó y murió sin dejar descendencia; y el tercero lo mismo; ²²y ninguno de los siete dejó descendencia. Finalmente, también la mujer murió. ²³En la resurrección, cuando resuciten, ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tenían como mujer”.

²⁴Les dijo **Jesús**: “¿No os equivocáis por no conocer las Escrituras ni la fuerza de Dios? ²⁵Porque cuando resuciten los muertos ni se casan ni son dadas en matrimonio, sino que son como ángeles en los cielos.

²⁶Pero sobre los muertos, que resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios desde la zarza diciendo: ‘Yo soy el Dios de Abraham y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob’? ²⁷No es Dios de muertos, sino de vivos; estáis muy equivocados”.

²⁸Y, acercándose **uno de los escribas**, oyéndoles discutir, viendo que les respondía correctamente, le preguntó: “¿Cuál es el primer mandamiento de todos?”.

²⁹Respondió **Jesús**: “El primero es: ‘Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es el único Señor, ³⁰y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu vida, y con toda tu mente, y con toda tu fuerza’. ³¹El segundo [es] este: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Mayor que estos no hay otro mandamiento”.

³²Y le dijo **el escriba**: “Bien dicho, **maestro**, hablas según la verdad, porque Uno es y no hay otro excepto Él; ³³y amarlo con todo el corazón, todo el entendimiento, toda la fuerza y amar al prójimo como a uno mismo es mucho más importante que todos los holocaustos y sacrificios”.

³⁴Y **Jesús**, viendo que respondía inteligentemente, le dijo: “No estás lejos del reinado de Dios”.

Y nadie se atrevía a preguntarle nada».

COMENTARIO

PRIMERA UNIDAD (12,13-17)

- Después de pronunciar una parábola que evocaría la trágica rebelión judía contra los romanos (12,1-12), formulan a Jesús una pregunta sobre uno de los puntos que motivaron aquella rebelión, el tema del pago de los impuestos al emperador, que dividía a las gentes. Para muchos judíos, ningún extranjero debería tener el derecho de cobrarles impuestos. En nuestro pasaje, los interlocutores tratan de manipular a Jesús para que haga una declaración antirromana similar a la de los revolucionarios.

El pasaje se divide en dos partes. En la primera, la iniciativa pertenece a los oponentes de Jesús (12,13-14); en la segunda, la iniciativa pertenece a Jesús (12,15-17).

- 12,13-14: El pasaje comienza cuando unos fariseos y herodianos son «enviados» para tenderle una trampa verbal (12,13). Jesús procedía del reino gobernado por Herodes Antipas, hablaba del inminente reinado de Dios y la gente creía que era un descendiente de David, todo lo cual lo habría convertido en una *amenaza política* para los herodianos. A diferencia de los herodianos transigentes con la situación, algunos fariseos mantenían una tendencia revolucionaria y se oponían al pago de impuestos al gobierno romano. Sin embargo, la mayoría de ellos en tiempos de Jesús consideró el gobierno pagano como *un mal necesario*, con el cual había que cooperar, pero no fraternizar; treinta años más tarde un fariseo principal, Johanán ben Zakkai, abogaba por la sumisión a los romanos más bien que por la revolución. Al parecer son fariseos plegados a Roma a quienes Marcos retrata conspirando con los herodianos y tratando de provocar a Jesús un grave problema con los romanos.

Estos grupos que cooperaban entre sí -dice Marcos- llegan a Jesús con la intención de atraparlo en sus propias palabras (12,13b). Tienden su trampa con cuidado, que comienza con una adulación sobre la veracidad de Jesús y su rechazo a «mirar la cara» (es decir, mostrar favoritismo hacia alguno) de los hombres. Entonces hacen saltar su trampa: «¿Es lícito dar el dinero del tributo al César o no?» (12,14c).

La trampa ha sido tendida ingeniosamente. La observación de que Jesús no considera las «caras» de la gente es un eco de la declaración en 1Sm 16,7 de que Dios mira el corazón más bien que la cara de la gente; es significativo que el contexto en el pasaje del Antiguo Testamento tenga que ver con la sustitución de un rey (Saúl) por otro (David), una cuestión similar a la de nuestro pasaje (César contra Cristo). Por tanto, en vez de someterse al yugo romano pagando el dinero del tributo, Jesús, si es realmente el mesías, debería someter a los romanos a su yugo. El resultado es que ser el mesías implicaba *rechazar el pago del tributo* al César (cf. Lc 23,2, en donde la acusación contra Jesús de hacerse rey va unida con el cargo de que prohíbe el pago del tributo al César). El pago del tributo implicaba el reconocimiento no solo de la soberanía romana sobre la tierra santa (en contradicción con la idea bíblica de que la tierra es la herencia y propiedad de Dios), sino también el estatus divino del Emperador (en contradicción con el primer mandamiento). En este contexto, la insinuación de los interlocutores de que Jesús no tiene en cuenta la «cara» de las personas aparece como una provocación deliberada a cometer un delito de *lesa majestas* denigrando la imagen idolátrica del emperador grabada en la moneda del tributo. La gravedad de tal acto queda ilustrada por la noticia de Filóstrato (*Vida de Apolonio* 1,15) según la cual, en tiempo de Tiberio, las estatuas del emperador eran más inviolables que las de Zeus.

- 12,15-17: Así pues, los fariseos y herodianos estaban incitando a Jesús a cometer un acto de impiedad y a la rebelión política contra el Emperador. Jesús, sin embargo, elude su trampa y recupera la iniciativa. Jesús puede hacerlo debido a su capacidad de visión espiritual («viendo su hipocresía», 12,15a). En verdad, los fariseos y herodianos del relato no creen realmente que su pregunta pudiera implicar que pagar el tributo al Emperador fuera contrario a la Ley; tal supuesto iría en contra de su práctica de cooperación con Roma. La pregunta, entonces, había sido planteada únicamente para crear problemas a Jesús. Pero este no solo capta la estratagema, sino que la desenmascara («¿Por qué me tentáis?», 12,15b).

Tras rechazar esta tentación demoníaca, Jesús pide que le traigan un denario «para verlo» (12,15c). La frase marcana «para que pueda verlo», que falta en Mateo y Lucas, no es superflua. La misma perspicacia espiritual que ha desenmascarado el intento de los fariseos y herodianos para atraparlo permitirá ahora a Jesús exponer la verdadera naturaleza de la moneda romana, y con ello la del tributo para el que está pensada.

Y ¿qué «ve» Jesús? El denario era una valiosa moneda romana, equivalente a dieciséis ases (en Mt 20,2 representa el salario de un día). El denario empleado en nuestra historia puede ser identificado con considerable certeza, puesto que solo se acuñaron dos tipos de *denarii* durante el reinado de Tiberio. El primero quedó fuera de circulación rápidamente, mientras que el segundo fue acuñado «en cantidad extraordinaria». Sobre el anverso de esta moneda, aparecía la cabeza coronada de laurel de Tiberio, rodeada por la inscripción: TI[BERIVS] CAESAR DIVI AVGVSTI F[ILIVS] AVGVSTVS («Tiberio César, hijo del divino Augusto, [también él] Augusto»). La inscripción continúa en el reverso de la moneda, donde se leía: *Pontifex Maximus* = «Sumo Pontífice», e iba acompañada por una imagen de una dama sentada, que representaba probablemente la Paz, encarnación de la paz del Imperio.

Había buenas razones para que los judíos se sintieran ultrajados por la exigencia de que pagaran sus impuestos con este tipo de moneda. No solo retrataba al emperador como el máximo dignatario de la religión romana (*Pontifex Maximus*), sino también el objeto de esa religión; Tiberio era el hijo del divino Augusto, y él mismo era un Augusto, término que significa «venerado con religioso temor», lo que implicaba su propia divinidad. Así pues, la moneda no era solo un instrumento económico y un símbolo del sometimiento político de los judíos a Roma, sino también una parte del culto al soberano que se iba desarrollando en el siglo I. Sin embargo, con este trasfondo en la mente, la respuesta de Jesús a la presentación de la moneda produce perplejidad al principio. Cuando le llevan el denario, pregunta de quién son la inscripción y la imagen grabadas en él, y le dicen que pertenecen al César (12,16). Entonces se produce *la deducción* de Jesús: «Devolved al César lo que es del César, y lo de Dios, a Dios» (12,17a), respuesta que asombra y hace callar a sus oponentes (12,17b). Pero ¿por qué se asombran? ¿Qué significa en realidad la contestación de Jesús? ¿Qué pertenece exactamente al César y qué a Dios? Han sido legión las respuestas a esta pregunta, dependiendo de las inclinaciones políticas del comentarista. La línea general interpretativa considera que Jesús aprueba el pago del tributo. Según unos, lo hace con gran entusiasmo, puesto que presume que el César es el siervo de Dios (cf. Rom 13,1-7); por lo tanto, dar al César lo que es del César es dar a Dios lo que es Dios. Según otros, Jesús reconoce una soberanía gubernamental limitada, distinta de la soberanía divina: esta interpretación parece ir en la línea de la distinción implícita de 12,16: la imagen y la inscripción se refieren al César y no a Dios.

Al final, sin embargo, la declaración conclusiva de Jesús, «Devolved al César lo que es del César, y lo que es de Dios, a Dios», permanece un tanto ambigua. La inteligente ambigüedad de la respuesta es tal vez la razón del asombro de sus interlocutores con la que concluye el pasaje (12,17b). Con su respuesta, Jesús ha logrado no dar pretexto alguno para que transmitan su respuesta a los romanos, ni decir algo que minara su popularidad al endosar sin lugar a dudas la dominación extranjera. Jesús, pues, no establece una norma absoluta para la relación entre los cristianos y los gobernantes; su declaración, por el contrario, *deja espacio para el discernimiento* de sus oyentes sobre cuándo entran en conflicto las reclamaciones del César y de Dios y cuándo no. Los cristianos primitivos sabían de casos en los que tales exigencias estaban en desacuerdo, y cuando esto ocurría, la opción era obvia (cf. Hch 5,29: «Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres»). Nuestro pasaje en sí, según el orden de sus frases, da a entender que *las demandas de Dios superan a las del César*. Pero las exigencias de estas dos «autoridades» no siempre entran en conflicto; cuando eso ocurre, es posible ser leal a ambos.

Los miembros de la comunidad marcana vivían, tras la revuelta judía contra Roma, una revolución que estalló por el rechazo de los judíos palestinos a pagar sus impuestos al Imperio. La cuestión acerca del tributo, por tanto, no era para ellos de un mero interés por lo antiguo, sino literalmente *un asunto de vida o muerte*. Es posible que algún miembro de la comunidad hubiera sido arrastrado por el entusiasmo revolucionario, hubiera rechazado pagar, y hubiera sufrido las consecuencias (cf. 13,22). El rechazo revolucionario a pagar el tributo era una verdadera tentación para los lectores de Marcos, como lo fue en nuestro pasaje para Jesús mismo. En este contexto, el aviso de Jesús de que las exigencias de Dios y las del emperador se solapan a veces, y que podía

haber un camino intermedio entre la idolatría respecto al César y la revuelta contra él, sería un consejo muy adecuado para unas gentes presionadas a escoger un lado u otro.

SEGUNDA UNIDAD (12,18-27)

- Tras contestar una pregunta que lo ha introducido en el ámbito mundano de las monedas, los impuestos y la política (12,13-17), Jesús responde ahora a una pregunta que lo traslada al ámbito ultramundano de la resurrección por medio de una discusión sobre el matrimonio y sus consecuencias póstumas. Jesús había tratado un tema relacionado con el matrimonio (el divorcio) en un relato polémico anterior, en 10,2-9; y existen *sorprendentes semejanzas* entre la estructura y el contenido de ambos pasajes. En ambos, el punto de partida son las leyes sobre el matrimonio de la Ley, de la Torá; se invoca a Moisés tanto por parte de Jesús como de sus oponentes; los oponentes de Jesús apelan al Deuteronomio, pero Jesús recurre a unos pasajes anteriores de la Torá (Gn 1,27; 2,24 en el primer caso; Ex 3,6, en el segundo); los oponentes de Jesús acentúan la autoridad de Moisés, mientras que Jesús hace hincapié en lo que Dios ha hecho o hará, y supone que esto último es compatible con las Escrituras de Moisés correctamente entendidas; Jesús diagnostica el problema de sus oponentes como defecto de percepción (dureza de corazón en un caso; ignorancia, en el otro): este defecto les impide interpretar la Escritura correctamente. Internamente el pasaje está estructurado cuidadosamente. Se divide en dos partes: la pregunta de los saduceos (12,18-23) y la respuesta de Jesús (12,24-27). A pesar de esta distinción, las dos partes están unidas estrechamente por su estructura.
- 12,18-23: Como los fariseos y herodianos en el pasaje anterior, los saduceos se acercan ahora a Jesús con una pregunta capciosa. Aunque no sean directamente acusados de «tentar» a Jesús, como los fariseos y herodianos (12,15), es evidente que son culpables, puesto que para poner una zancadilla a Jesús le formulan una pregunta cuyo presupuesto, la realidad de la resurrección, contradice sus propias creencias. Marcos subraya este desequilibrio recordando a sus lectores que los saduceos no creen en la resurrección de los muertos (12,18). Puesto que la creencia negada -a diferencia de la noción común helenística de la inmortalidad del alma- implica la recuperación póstuma del cuerpo, surgen naturalmente preguntas sobre aquellos con quienes se han establecido vínculos físicos en esta vida, sobre todo los esposos. ¿Continúan las relaciones conyugales, y si es así, de qué modo?
Esta es *una pregunta natural*, pero los saduceos la plantean de *una manera poco natural*: la formulación de un caso hipotético ideado para ridiculizar la creencia en la resurrección de los muertos. El caso tiene su punto de partida en una institución que los estudiosos han denominado «levirato» (del latín *levir* = «el hermano del marido»). Según esta antigua costumbre israelita, un hombre cuyo hermano casado ha muerto sin dejar hijos, ha de casarse con la esposa de su hermano difunto y suscitar descendencia a su hermano (cf. Gn 38,8; Dt 25,5). Esta práctica parecía ya derogada dentro del Antiguo Testamento mismo por Lv 18,16; 20,21, pero parece que era común en el período de Jesús.
- 12,24-27: Como los fariseos y herodianos antes de ellos, los saduceos han tendido su trampa con cuidado; ciertamente, el relato dedica un tercio más de espacio a su pregunta que a la respuesta de Jesús. Pero cuando le llega el turno, Jesús vuelve a tomar la iniciativa con habilidad. Su tono es agresivo: «¿No os equivocáis por no conocer...? El principio de la respuesta de Jesús no es solamente una reprobación sino también un diagnóstico: la razón del error de los saduceos es que están extraviados («¿No os equivocáis...?»).
Según Jesús, los saduceos que le interrogan han fracasado al no conocer las Escrituras y el poder de Dios (12,24b). Jesús explica entonces esta acusación en orden inverso, comenzando con una descripción del estado *post-mortem* en el que las personas -por el poder divino que actúa en sus cuerpos ya resucitados- viven una existencia similar a la de los ángeles, es decir, una vida célibe al parecer (12,25). Al ser seres inmortales y divinos, los ángeles no necesitan relaciones sexuales, que son un regalo especial otorgado a los humanos para la propagación de su especie. En este contexto, las palabras conclusivas de Mc 12,25, «son como ángeles en los

cielos», no pueden ser superfluas; cuando la gente resucita de entre los muertos, se parecerán a los miembros de la corte divina que permanecieron en la morada de Dios.

Nuestro pasaje evangélico puede causar problemas a muchos cristianos modernos. La existencia redimida en la otra vida aparece dibujada como corporal, pero sin sexo; con un cielo de tal clase, dirían algunos, no hay necesidad alguna de infierno. Jesús sostiene asimismo que los que se imaginan que las relaciones maritales seguirán en el mundo futuro aún no han comprendido suficientemente «el poder de Dios». Solo podemos concluir que, para Jesús, *la creatividad divina* tiene en cartera para los redimidos *algo mejor que el sexo*. Los que han leído el último y entusiasta canto de La Divina Comedia de Dante, o la descripción en Job 38,7 de las estrellas matutinas que cantan juntas; o han contemplado el radiante dibujo de William Blake de este último texto; o han escuchado el final de la Sinfonía de la Resurrección de Mahler, conmovedoramente humano y a la vez intensamente místico, tales personas pueden sentir de forma similar las señales de que *la vida futura se caracterizará por la exaltación* y aun por el éxtasis, y que este éxtasis se reflejará de algún modo no solo en las almas purificadas, sino también en los cuerpos glorificados por igual. Esta intuición de la naturaleza corpórea de la salvación se confirma por el vínculo establecido por nuestro pasaje entre los redimidos y los ángeles *en el cielo*, puesto que en otros lugares del evangelio de Marcos es el cielo el origen del poder milagroso divino que creó el alimento en el desierto (6,41), que elimina las deficiencias físicas (7,34), y que plenifica el propio cuerpo de Jesús con un poder que obra maravillas (1,10-11).

Tras demostrar que la institución bíblica del levirato no contradice la idea de la resurrección como pretenden los saduceos, Jesús concluye mostrando que esa idea está apoyada en realidad por la Escritura (12,26-27). Él, sin embargo, no invoca uno de los pasajes tardíos del Antiguo Testamento que proclaman más o menos claramente la resurrección, como Dn 12,2-3. En cambio Jesús apela a uno de los acontecimientos constitutivos en la vida del pueblo de Israel, la revelación divina de sí misma a Moisés en el pasaje de la zarza ardiente en Ex 3,6 (Mc 12,26). En ese texto, la divinidad se refiere a sí misma como el «Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (cf. Ex 3,15-16), a pesar del hecho que Abrahán, Isaac y Jacob murieron largo tiempo atrás; así pues, el conocimiento del contexto amplio del pasaje del Éxodo, es necesario para entender el argumento. La conclusión de Jesús es que Abrahán, Isaac y Jacob todavía deben estar vivos, ya que la fórmula bíblica muestra al Señor como Dios no de muertos, sino de vivos (12,27a).

Pero es difícil que la fórmula «Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob» tuviera este sentido en el original. Cuando la divinidad dice en Ex 3,6 que él es el Dios de Abrahán, Isaac y Jacob, el Dios del Antiguo Testamento da a entender que tal como él liberó a los patriarcas de sus angustias, va ahora a liberar y socorrer a sus descendientes esclavizados. La fórmula, pues, habla de *la fidelidad de Dios* con los que ha establecido una alianza. Sin embargo, es una extrapolación lógica que esta fidelidad divina hacia los patriarcas, será coronada en última instancia por la liberación del poder mismo de la muerte. En particular, la idea de la existencia *post-mortem* de Abrahán estaba tan firmemente anclada en la imaginación popular que Lc 16,22-23 usa la expresión «el seno de Abrahán» como una imagen transparente para la vida bienaventurada después de la muerte. Pero esta idea es un desarrollo de la imagen bíblica de los patriarcas, no una exégesis simple de ella.

Sería vital para los cristianos perseguidos de la comunidad marcana oír este mensaje, y sabrían que la propia resurrección de Jesús lo había confirmado. Por tanto, los que entre ellos habían sido entregados como mártires a la muerte (cf. 13,12) no se habían perdido, sino que estaban solo separados de los vivos por la más delgada y permeable de las membranas. En este sentido eran también como «ángeles que están en el cielo», que pueden ver lo que ocurre sobre la tierra y hasta en algún sentido participar de ello. La propia situación de persecución y angustia de los cristianos de la comunidad marcana, que probablemente les había hecho sentir que tenían un pie en la tumba, habría hecho igualmente que fuera aún más necesario este recordatorio de que *su Dios era un Señor de vivos*. En este sentido, el final de la respuesta de Jesús, con su acento en la vida de los que están en la mano de Dios, se corresponde con su principio, con el acento sobre el poder divino manifestado en la vida tras la resurrección.

TERCERA UNIDAD (12,28-34)

- En pasajes recientes, Jesús ha discutido con los representantes de los principales grupos judíos de la Palestina del siglo I: sumos sacerdotes, escribas y ancianos (11,27), fariseos y herodianos (12,13) y saduceos (12,18). Ahora, en la conclusión de esta serie de relatos polémicos, su interlocutor es de nuevo un escriba. Pero, ahora, este escriba comprende a Jesús y su causa.
- El pasaje se divide en tres secciones de amplitud decreciente: la pregunta inicial y su respuesta (12,28-31); la respuesta del escriba (12,32-33) y la reacción de Jesús a esta respuesta (12,34). Contrariamente al modelo de los relatos polémicos precedentes (11,27-12,27), la respuesta de Jesús a la pregunta no concluye la conversación; nuestro pasaje trata casi tanto de la relación entre Jesús y el escriba como del mayor mandamiento de la Ley.
- 12,28-31: Un escriba perspicaz y comprensivo formula una pregunta legal de gran importancia: «¿Cuál es el primer mandamiento de todos?» (12,28). La pregunta retoma una cuestión que había sido discutida ampliamente entre los contemporáneos de Jesús. Por ejemplo, los fariseos, y sus sucesores los rabinos, establecieron una diferencia entre mandamientos «pesados» y «ligeros», lo que suscitó inevitablemente la pregunta sobre cuál era el mandamiento «más pesado» de todos.
- La respuesta de Jesús comienza con una referencia a la famosa *Shemá*, una declaración basada en Dt 6,4-9 que era y es el credo básico del judaísmo. Jesús cita los dos primeros versículos de la *Shemá*. La inclusión de la afirmación de la unidad de Dios (12,29) es significativa para la cristología marcana, ya que toda esta sección del evangelio (11,27-12,37) contesta a la pregunta planteada en 11,28 sobre si la autoridad de Jesús procede «del cielo» o de la esfera pecaminosa humana. La respuesta de Marcos es que la autoridad de Jesús viene de Dios; en el siguiente pasaje, ciertamente, Jesús estará cerca de situarse a sí mismo a la par «del Señor» (12,35-37). Así pues, ama al «Señor nuestro Dios» con todo el corazón, el alma, la mente y las fuerzas es al mismo tiempo *amar y seguir a Jesús* tal como el escriba parece casi dispuesto a hacer. Marcos adelanta una reinterpretación cristiana muy atrevida de la idea judía de la unidad divina, una reinterpretación que implica una unidad entre Dios y Jesús. Sin embargo, Jesús también muestra esa devoción por lo que significa la *Shemá*. Ciertamente, por todas partes del evangelio Jesús demuestra lo que significa amar a Dios con todo su ser, pero, ante todo, en la sección que concluye el relato donde pone la voluntad de su Padre por encima de sí mismo y se somete a una muerte “querida” por Dios (14,36).
- A Jesús le preguntan sobre el primer mandamiento, y hacia el final de 12,30 ha contestado ya a esa pregunta; pero luego continúa añadiendo un segundo mandato bíblico: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (12,31). Para Jesús, el mandamiento de amar a Dios es indisoluble del precepto de amar al prójimo. De nuevo, Jesús demostrará también y hará posible tal amor dando su vida «como rescate por muchos» (10,45).
- Ciertamente, Jesús no dice nada alarmantemente novedoso al encontrar la esencia de la Ley en una combinación de la llamada del Deuteronomio de amar a Dios con la del Levítico de amar al prójimo.
- 12,32-33: El interlocutor de Jesús, impresionado por una respuesta profundamente inspirada en la tradición judía, elogia a Jesús (12,32a) y continúa luego repitiendo y elaborando su respuesta; la divide en dos partes, pero elimina la división entre los dos pasajes bíblicos citados. Recoge primero Dt 6,4 («Dios es uno») y añade su propio suplemento, un lugar bíblico común, con vínculos especiales con Is 45,21-22 («Y no hay ningún otro excepto Él»). El escriba funde entonces Dt 6,5 con Lv 19,18 y añade de nuevo un suplemento, esta vez una alusión a 1Sm 15,22 u Os 6,6 (la obediencia a Dios y la piedad son más importantes que los holocaustos y sacrificios). Las adiciones del escriba son *especialmente iluminadoras*. «Y no hay ningún otro excepto Él» (12,32) es un importante principio judío usado frecuentemente contra los cristianos, acusados de hacer a Jesús un ser igual a Dios y violar así la unidad divina proclamada en la *Shemá*. Al citar este principio en un contexto que sugiere la aprobación de Jesús por parte de un escriba judío, el relato marciano da a entender que la afirmación de la *Shemá* de la unidad divina es compatible con la veneración a Jesús. Asimismo la afirmación del escriba que el amor a Dios y al prójimo supera los sacrificios realizados en el Templo (12,33) muestra que defiende la misma

idea que Jesús, quien recientemente ha interrumpido el comercio sacrificial en el Templo (11,15-17) y declarará dentro de poco que la estructura está ya superada (13,1-2).

- 12,34: El pasaje, sin embargo, no concluye con la alabanza de Jesús por parte del escriba, sino con el elogio del escriba por Jesús. Viendo que el hombre había contestado inteligentemente, el Maestro le dice: «No estás lejos del reinado de Dios» (12,34a). Esta penúltima frase reúne un buen número de los temas de la perícopa. Primero, el pasaje comienza con el escriba que ve que Jesús ha contestado bien a los saduceos; y concluye con Jesús que ve que el hombre le ha contestado inteligentemente. En medio, la forma particular con la que se cita a la *Shemá* acentúa el amor a Dios con toda la mente y todo el entendimiento (12,30.33). Por tanto, el Dios a quien Jesús proclama es el que aprehende la mente y el corazón, y trae así un nuevo tipo de percepción al mundo. Segundo, la penúltima frase lleva hasta el final el favorable retrato del escriba: no solo es inteligente, sino que está cerca también del reinado de Dios. Este retrato genera un mensaje importante para la comunidad marcana, que en general parece haber sufrido a manos de dirigentes judíos (cf. 13,9). A pesar de la hostilidad predominante, Marcos está dando a entender que no todo está necesariamente perdido; incluso algunos de los dirigentes pueden aún aceptar la llamada de Dios. Esta interpretación se apoya en el retrato de José de Arimatea cerca de la conclusión del evangelio: aunque es miembro del consejo dirigente, José espera piadosamente el reinado de Dios, reconoce su relación íntima con Jesús, y finalmente se arma de valor para identificarse con él (15,43).

Tercero: esta frase orienta el encuentro de Jesús con el escriba hacia un reforzamiento del tema predominante del evangelio desde 11,27: la autoridad de Jesús. Si el escriba comienza por sentirse favorablemente impresionado por Jesús (12,28) y por aprobar su respuesta a una pregunta capciosa (12,32), Jesús acaba por sentirse favorablemente impresionado por el escriba (12,34a). El vocabulario utilizado aquí parece reflejar con todo propósito el utilizado en la descripción inicial del escriba para subrayar esta inversión. Tampoco Jesús exagera en su alabanza del escriba; este se halla cerca del reinado de Dios, pero no totalmente dentro de él (12,34b). Es Jesús quien juzga a la humanidad, y no al revés; y para confirmar su preeminencia el pasaje concluye con la observación editorial de que desde ese momento en adelante «nadie se atrevía ya a preguntarle» (12,34c). Hacer callar a la oposición está estrechamente relacionado por el contexto con el advenimiento del reinado de Dios (12,34bc), y esta yuxtaposición es probablemente deliberada. La respuesta concluyente de Jesús, que termina la discusión, refleja no solamente su sabiduría personal, sino la llegada del poder escatológico por el cual Dios vuelve a aprehender el mundo para sí.

El siguiente pasaje del evangelio utilizará imágenes del Antiguo Testamento para dibujar la extensión del poder regio, y la relación íntima entre Dios y Jesús, mostrando a este último entronizado al lado de Dios mientras este aplasta a los enemigos bajo sus pies.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiónes, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza